

SI ME COMPRENDIERAS

Dicen que una mujer recorrió toda la ciudad para encontrarse con Fidel Castro. Y dicen que dio con él. Se topó con Fidel en una esquina de El Vedado. ¿L y 23? No se dice, pero pongamos esta esquina como ejemplo, porque es la más conocida y céntrica de la ciudad. Esta mujer, dicen, era la autora de una canción. *Adiós felicidad*. Ela O'Farrill había escrito esta canción, que militaba en lo más auténtico del *feeling*. Me enteré de este episodio tras haber comenzado a leer *Polémicas culturales de los 60* (cuya selección y prólogo fue realizada por Graziella Pogolotti), Editorial Letras Cubanas 2006. Sí, 2006.

Ela salió en busca de Fidel Castro porque se escribió un texto crítico en el que se decía que *Adiós felicidad* no tenía cabida en el socialismo. He intentado imaginarme el rostro de Fidel tras dar de cara con Ela O'Farrill y escuchar sus palabras, pues según el prólogo del libro Fidel respondió divertido –sí, divertido– que los desengaños amorosos podían tener lugar en cualquier circunstancia.

CONTIGO EN LA DISTANCIA

A mediados del 2000 un amigo me prestó un libro. *El placer de la zozobra*. En aquella colección de ensayos encontré un texto de Raymond Carver. Debo confesar que a este americanito lo conocía casi de oídas, me seducían los comentarios que me habían hecho acerca de sus libros. Tras leer el ensayo firmado por Carver anoté una frase: "Todo gran escritor, o incluso todo aquel que sea bastante bueno, hace el mundo conforme a sus propias especificaciones. Lo que estoy refiriendo es algo afin al estilo, pero no es solamente al estilo en sí. Es el sello particular e inconfundible que el autor imprime a todo lo que crea. Es su mundo y nada más que su mundo." La anoté y me propuse salir en la búsqueda de los libros de Raymond Carver.

Y en una esquina de El Vedado –puedo asegurar que fue en L y 23–, me encontré con un amigo al que recién le habían mandado un

paquete de libros, entre ellos *De qué hablamos cuando hablamos de amor* y *Catedral*. Después de hincarme de rodillas y rogarle me los prestó. Confieso que tuve que releerlos. ¿De qué se hablaba cuando hablaban de los textos de Raymond Carver? Tuve a mano también el libro *¿Quieres hacer el favor de callarte, por favor?* Necesité más de una lectura. Y yo seguía perplejo. Yo seguía perplejo porque algo diferente a casi todo lo que hasta ese momento había leído tenía ante mis ojos. Leer a Carver era como acariciar erizos de mar. Leer a Carver era como cargar una escultura tallada en hielo. O saber que los extras que aparecen en las películas Serie B tenían al menos una oportunidad de hacer un protagónico –o que sin saberlo, ellos, como extras en esos filmes Serie B, hacían su papel protagónico–. O descubrir que la medicina forense y la literatura trabajan con un mismo material. Leer a Carver era reconocer que la piel es puro papel de lija.

final a diez de los trece cuentos. Y la respuesta es sí.

Supongo que a partir de ahora un fantasma recorrerá la obra de Carver –y puede que sea este el origen de un desengaño amoroso para muchos–. Supongo que no existirá un momento en el día en que pueda apartarme de esta confesión. Puede que ahora el mundo de Carver nos parezca distinto, porque sabemos que no solo estamos leyendo a Raymond, sino también a Gordon Lish. Pero me resisto a pensar así. Y me resisto porque hay un material de origen a partir del cual surgió la Maquinaria Carver, la otra, la que llegó a nosotros a través de las diferentes ediciones de sus libros. Esa máquina de narrar tenía un mundo conforme a sus propias especificaciones, un sello particular e inconfundible. Era el mundo de Raymond Carver y nada más que su mundo. Es una suerte que Baricco diga que Gordon Lish "borró minuciosamente todo lo que podía calentar aquellos paisajes y,

no podía hacer auto-stop y coincidimos en la parada de ómnibus. Leía mientras esperaba la llegada del autobús que tomo para ir a mi trabajo. Leía en el momento en que llegó a la parada para escapar de la llovizna. Nos saludamos. Con un beso. En la mejilla. Dulce creyón en unos labios carnosos. Y a bocajarro preguntó qué leía. *Polémicas culturales de los 60*, selección y prólogo de Graziella Pogolotti, Editorial Letras Cubanas. "¿2006?", preguntó. Le dije que sí. Y tuve que mostrarle la página donde estaban impresos los créditos de la edición.

La chica de falso cabello rubio quiso saber qué tal estaba el libro y me encogí de hombros, recién comenzaba a leerlo. Hojeé el prólogo, el índice. Y sonrió. "¿Son todas las que están?", preguntó. No pude evitar encogerme de hombros nuevamente. Cómo saberlo. Con qué patrón comparar. Le respondí que al menos debían estar *todas* las que son. Entonces volvió a sonreír y dijo que al parecer estábamos en la época de desclasificar archivos, de mostrar las "joyas de nuestra familia" y ver si por fin aparecían los aretes que le faltaban a la Luna. Me comentó que para ella sería muy útil averiguarlo,

los aretes que le faltan a la luna ahmel echevarría

Pero a siete años de aquel encuentro con Carver leo un artículo firmado por Alessandro Baricco, y publicado en *La Vanguardia*, donde revela que, tras un texto publicado en el *New York Times*, decidió viajar a Bloomington (Indiana) y encontrar la Lilly Library.

Si Baricco decidió desandar esta pequeña ciudad fue para encontrar la biblioteca a la cual Gordon Lish, el editor de Carver, había vendido todas las cartas y los escritos a máquina del viejo Raymond, en los que estaban incluidas sus correcciones. Si Alessandro Baricco decidió hacer el viaje fue para comprobar que era cierto lo que se decía en el artículo publicado en el *New York Times*: G. Lish tuvo más tino que Carver, eliminó buena parte del material original y además creó un estilo. Sí, creó un estilo. Y según Baricco es cierto. En su texto muestra algunas pruebas forenses para determinar si se podía dar crédito, por ejemplo, a que en el libro *De qué hablamos cuando hablamos de amor*, Lish había eliminado casi el cincuenta por ciento del texto original y había cambiado el

cuando era necesario, añadía aún más hielo. Desde un punto de vista editorial él tenía la razón: construyó la fuerza de un verdadero y propio modelo inédito. ¿Pero el punto de vista editorial es el mejor punto de vista?"

Un día de estos me propondré caminar la ciudad para encontrarme con alguien que casualmente tenga las ediciones de los libros de Carver en los cuales solo esté el material primario. Solo los originales con esas supuestas líneas de más, con aquellos finales que suponen un Carver más soft, menos iceman pero con la piel como un pliego de lija.

Pasaré por L y 23, en esta esquina es muy alta la probabilidad de que ocurran los encuentros.

LOS ARETES DE LA LUNA

Llovía débil la mañana en que me encontré con mi amiga estudiante de periodismo –la chica de falso cabello rubio, otra vez vestida de blanco, tela de hilo blanco que contrastaba con el gris ratón de la ciudad–. Ella

encontrar la respuesta, salir a la calle y preguntarle a alguien que hubiese vivido los sweet sixties. Sí, los sweet sixties, así dijo.

Escampó. Mi amiga me preguntó si aquel libro era una buena señal –yo recordé a Ela O'Farrill, su caminata por toda la ciudad hasta encontrarse con Fidel Castro y la respuesta que recibió–. Pero no le dije que los desengaños amorosos podían tener lugar en cualquier circunstancia. Esta vez fui el que sonrió.

Nos despedimos con otro beso. En la mejilla. Creyón de labios muy dulce en unos labios carnosos. La chica de falso cabello rubio se fue cantando esa vieja y bella canción donde se habla de los aretes que le faltan a la Luna, esos bellos pendientes guardados en un cofre en el fondo del mar.

Ahmel Echevarría
La Habana 74